

La sociedad como realidad objetiva.

Institucionalización, objetivación, legitimación, socialización primaria, socialización secundaria.

Institucionalización.

El hombre a diferencia de los demás mamíferos superiores, no posee ambiente específico para su especie. Todos los animales no humanos, como especie o como individuos, viven en mundos cerrados cuyas estructuras están predeterminadas por el capital biológico de la especie.

Por el contrario, las relaciones del hombre con su ambiente se caracterizan por su apertura al mundo; no solo ha logrado establecerse sobre la mayor parte de la superficie terrestre, sino que la relación con su mundo circundante está estructurada muy imperfectamente por su propia constitución biológica. Esto permite que el hombre se dedique a diferentes actividades.

La particularidad de la constitución biológica del hombre radica en los componentes de sus instintos, que pueden calificarse de subdesarrollados si se los compara con la de los otros mamíferos superiores. El hombre tiene impulsos pero son sumamente inespecíficos y carentes de dirección; puede aplicar su constitución interna a un campo de actividades muy amplio y además éste puede variar constantemente. Esto se debe a su desarrollo ontogénico; esto es, el organismo humano se sigue desarrollando biológicamente cuando ya está en relación con su ambiente.

El proceso por el cual se llega a ser hombre se produce en interrelación con el ambiente, y este ambiente es tanto natural como humano. El ser humano en desarrollo se interrelaciona no solo con un ambiente natural determinado, sino también con un orden cultural y social específico, mediatizado para él por otros significantes a cuyo cargo se encuentra. No solo la supervivencia de la criatura humana depende de ciertos ordenamientos sociales, sino también la dirección del desarrollo de su organismo está socialmente determinada; su ser depende desde su nacimiento de una continua interdependencia socialmente determinada.

No obstante, el organismo humano manifiesta una enorme plasticidad en su reacción ante las fuerzas ambientales que operan sobre él. Esto se observa en que las maneras de llegar a ser hombre son tan numerosas como las culturas. No hay naturaleza humana en el sentido de un sustrato establecido biológicamente que determine la variabilidad de las formaciones socioculturales. Solo hay naturaleza en el sentido de ciertas constantes antropológicas que delimitan y permiten sus formaciones socioculturales; la forma en que se moldea esta humanidad está determinada por dichas formaciones. El hombre constituye su propia naturaleza o podría decirse que se produce a sí mismo.

Si nos referimos a la sexualidad, toda cultura tiene una configuración sexual distintiva, con sus propias pautas especializadas de comportamiento.

Su variedad y rica inventiva, indican que son producto más bien de las propias formaciones socioculturales que de una naturaleza humana biológicamente establecida.

El período en que el organismo humano se desarrolla hacia su plenitud en interrelación con su ambiente, es también aquel en que se forma el "YO" humano. Por lo tanto, el organismo y más aún el YO, no pueden entenderse adecuadamente si se los separa del contexto social particular en que se formaron.

La experiencia que el hombre tiene de sí mismo, oscila entre **ser** y **tener un cuerpo**; equilibrio que debe recuperarse constantemente. Su auto-producción es siempre y por necesidad una empresa social. Producen juntos un ambiente social con la totalidad de sus formaciones socioculturales y psicológicas. Así como es imposible que se desarrolle como tal en un aislamiento, también es imposible que el hombre aislado produzca un ambiente humano. Tan pronto como se observan fenómenos específicamente humanos, se entra en el dominio de lo social; su humanidad específica y su sociabilidad están entrelazadas íntimamente.

La estabilidad del orden humano deriva de que todo desarrollo individual del organismo está precedido por un orden social dado y de que la apertura al mundo es siempre transformada por el orden social en una relativa clausura al mundo.

¿Podemos preguntarnos ahora de que manera surge el propio orden social? El orden social es una producción humana constante realizada por el hombre en el curso de su continua externalización. El orden social **no** forma parte de la "naturaleza de las cosas" y no puede derivar de las "leyes de la naturaleza. Existe solo **como producto** de la naturaleza humana.

El ser humano no se concibe dentro de una esfera cerrada de interioridad estática; continuamente tiene que externalizarse en actividad. La misma inestabilidad inherente al organismo humano exige como imperativo que el hombre mismo proporcione un contorno estable a su comportamiento; el mismo debe especificar y dirigir sus impulsos. Estos hechos biológicos sirven como presupuesto necesario para la producción del orden social.

Orígenes de la institucionalización.

Objetivación.

Toda actividad humana está sujeta a la "habituación". Todo acto que se repite con frecuencia crea una pauta que luego puede reproducirse con economía de esfuerzos y que es aprehendida como pauta por el que la ejecuta. La habituación implica que la acción puede volver a ejecutarse en el futuro de la misma manera y con idéntica economía de esfuerzos; hasta el individuo solitario introduce hábitos en su actividad.

Las acciones habitualizadas retienen su carácter significativo para el individuo; los significados llegan a instalarse como rutinas de conocimientos, quedan establecidos y al alcance en el futuro. La habituación comporta la “ventaja psicológica” de restringir las opciones.

La habituación provee el rumbo y la especialización de la actividad que faltan en el equipo biológico del hombre aliviando la tensión de los impulsos no dirigidos, y permite al proporcionar un trasfondo estable de la actividad humana, que ésta pueda desenvolverse con un margen mínimo de decisiones. Esto libera energía para las decisiones que deben requerirse en algunas circunstancias. El trasfondo de la actividad habitualizada abre un primer plano a la deliberación y a la innovación; así puede anticipar la actividad que habría de realizar en muchas situaciones.

Aunque los procesos de habituación humana anteceden a toda institucionalización, sus partes más importantes se desarrollan en la misma medida que la institucionalización; por ello es necesario determinar como aparece la institucionalización. La misma aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Estas tipificaciones que constituyen las instituciones siempre se comparten, son accesibles a todos los integrantes de un determinado grupo social y la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales.

Las instituciones implican historicidad y control. Las tipificaciones recíprocas se constituyen en el curso de una historia compartida: no pueden crearse en un instante. Las instituciones siempre tienen una historia de la cual son producto; no es posible comprenderlas sin tener en cuenta dichas historias. Las instituciones también controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas de antemano que lo canalizan en una dirección determinada. Decir que un sector de la actividad humana ha sido institucionalizado, significa decir que ha sido sometido al control social. Se requieren mecanismos de control adicionales cuando los procesos de institucionalización no llegan a cumplirse; por ejemplo, si se necesitan controles para controlar el incesto, es porque no se cumple la ley para algunos individuos.

Las instituciones se manifiestan generalmente en colectividades que abarcan grandes cantidades de gente, pero se inician aún entre dos personas. Son algo incipientes en toda situación social que se continúa en el tiempo.

Si se unen dos individuos de culturas diferentes, se iniciará el proceso de institucionalización de tipificación recíproca. Este proceso aportará a los integrantes el beneficio de que cada uno estará en condiciones de prever las acciones del otro; lo que los aliviará de gran parte de tensión, ahorrará tiempos y esfuerzos tanto en tareas externas como en economía psicológica. Así estará en vías de construcción un mundo social que contendrá las raíces

de un mundo social en expansión. Para esto es necesario que se produzca la tipificación recíproca y debe existir una situación social continua en que las acciones habitualizadas de dos o más individuos se entrelacen.

Al adquirir historicidad, estas formaciones adquieren también como cualidad la objetividad. Esto significa que las instituciones que ahora han cristalizado (por ejemplo, la paternidad) se manifiestan existentes por encima y más allá de los individuos a quienes “acaeece” encarnarlas en ese momento. Las instituciones se experimentan ahora como si poseyeran una realidad propia que se presentan al individuo como un hecho externo y coercitivo.

Aunque las rutinas una vez establecidas comportan una tendencia a persistir siempre, existe en la conciencia la posibilidad de cambiarlas o abolirlas. Los que construyeron este mundo pueden comprenderlo, pero esto se altera en el proceso de transmisión a la nueva generación.

La objetividad del mundo institucional se espesa y se endurece no solo para los hijos sino también para los padres. Un mundo visto de este modo logra firmeza en la conciencia, se vuelve real de una manera más masiva y ya no puede cambiarse tan fácilmente. Para los hijos, el mundo que les han transmitido sus padres no resulta transparente del todo puesto que no participaron en su formación; se les aparece como una realidad dada que, al igual que la naturaleza es opaca al menos en algunas partes. Solamente así como mundo objetivo, pueden las formaciones sociales transmitirse a la nueva generación.

En las primeras fases de la socialización, el niño es incapaz de distinguir entre la objetividad de los fenómenos naturales y la de las formaciones sociales. Todas las instituciones aparecen en la misma forma, como dadas, inalterables y evidentes en sí mismas. El mundo institucional transmitido por los padres ya posee el carácter de realidad histórica y objetiva.

Un mundo institucional se experimenta como una realidad objetiva; tiene una historia que antecede al nacimiento del individuo y no es accesible a su historia biológica. Las instituciones están ahí, fuera de él; persisten en su realidad, no puede hacerlas desaparecer a voluntad, resisten todo cambio o evasión, ejercen sobre él un poder de coacción, tanto de por sí como por medio de los mecanismos de control habitual. La realidad objetiva de las instituciones no disminuye si el individuo no comprende el propósito o el modo de apelar a aquellas. Dado que las instituciones existen como realidad externa, el individuo no puede comprenderlas por introspección, debe “salir” a conocerlas. La “objetividad” del mundo institucional es de producción y construcción humana. El proceso por el cual los productos de la actividad humana alcanzan el carácter de objetividad se llama objetivación. El

hombre y su mundo social interactúan; el producto vuelve a actuar sobre el productor.

Podemos así advertir la relación fundamental de tres momentos dialécticos de la realidad social. Cada uno de ellos responde a una caracterización esencial del mundo social: “La sociedad es un producto humano”. “La sociedad es una realidad objetiva”. “El hombre es un producto social”.

Solo con la transmisión del mundo social a una nueva generación, con la internalización, aparece verdaderamente la dialéctica social en su totalidad.

Al llegar a este punto el mundo institucional requiere legitimación, es decir modos con que pueda “explicarse y justificarse”. Como el conocimiento que tienen de la historia institucional les resulta inaccesible a la memoria, se hace necesario explicárseles dicho significado mediante diversas fórmulas de legitimación que deberán ser coherentes y amplias en términos del orden institucional, si pretenden ser convincentes para las nuevas generaciones; se deben contar a los niños las mismas historias. Estas legitimaciones son aprendidas por las nuevas generaciones durante el mismo proceso que la racionalización del orden institucional.

Con la historización y objetivación de las instituciones, también surge la necesidad de desarrollar mecanismos específicos de control social. La nueva generación plantea un problema de acatamiento y su racionalización dentro del orden institucional requiere que se establezcan sanciones. Las instituciones deben invocar autoridad sobre el individuo con independencia de los significados subjetivos que aquel pueda atribuir a cualquier situación particular. Cuando más se institucionaliza un comportamiento más previsible y más controlado se vuelve.

Las instituciones tienden a la “cohesión”. Algunas relevancias serán comunes a todos los integrantes de la colectividad; otras muchas áreas de comportamiento, relevantes solo para ciertos tipos. Esto entraña una “diferenciación” que puede basarse en diferencias pre-sociales (sexo) o en diferencias producidas en el curso de la interacción social (división del trabajo).

El individuo bien racionalizado “sabe” que su mundo social es un conjunto coherente, por lo tanto se verá obligado a explicar su buen o mal funcionamiento en términos de dicho conocimiento. Si la integración de un orden institucional puede entenderse solo en términos del conocimiento que sus miembros tienen de él, el análisis de dicho conocimiento será esencial para el análisis del orden institucional en cuestión. El conocimiento primario con respecto al orden institucional se sitúa en el plano pre-teórico: es la suma total de lo que todos saben sobre un mundo social, un conjunto de máximas, moralejas, valores, creencias, mitos, etc., cuya integración teórica exige de por sí una gran fortaleza intelectual. A nivel pre-teórico, toda institu-

ción posee un cuerpo de conocimiento que provee las reglas de comportamiento institucionalmente apropiadas. Esta clase de conocimiento, definen y constituyen los roles que han de desempeñarse en el contexto de las instituciones. Dado que dicho conocimiento se “objetiva” socialmente como tal, como un cuerpo de verdades válidas en general acerca de la realidad, cualquier desviación radical que se aparte del orden institucional aparece como una desviación de la realidad, lo que puede llamarse depravación moral, enfermedad mental o ignorancia.

Este es el conocimiento que se adquiere en el curso de la racionalización y que mediatiza la integración dentro de la conciencia individual de las estructuras objetivadas del mundo social.

El conocimiento programa los canales en los que la externalización produce un mundo objetivo; objetiviza este mundo a través del lenguaje, vale decir, lo ordena en objetivos que han de aprehenderse como realidad. Se internaliza de nuevo como verdad objetivamente válida en el curso de la racionalización. El conocimiento relativo a la sociedad es pues una realización en el doble sentido de la palabra: como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esa realidad. Este cuerpo de conocimientos se transmite a la generación inmediata, se aprende como verdad objetiva en el curso de la racionalización y de ese modo se internaliza como una realidad subjetiva.

Legitimación.

La mejor manera de describir la “legitimación” como proceso, es decir que constituye una objetivación de significado de “segundo orden”. Esta produce nuevos significados que sirven para integrar los ya atribuidos a procesos institucionales dispares. Su función consiste en lograr que las objetivaciones de “primer orden” ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles. La integración es el proceso motivador de la legitimación.

Existe un nivel “horizontal” de integración y plausibilidad que relaciona el orden institucional en general con varios individuos que participan de él en varios “roles” o con varios procesos institucionales parciales, en los que pueden participar un solo individuo en un momento dado.

Por otro lado, la biografía individual en sus varias fases sucesivas y pre-definidas institucionalmente, debe adquirir un significado que preste plausibilidad subjetiva al conjunto, por lo que es preciso agregar un nivel “vertical” dentro del espacio de vida de cada individuo al plano “horizontal de integración”.

El problema de la legitimación surge inevitablemente cuando las objetivaciones del orden institucional deben transmitirse a una nueva generación; deben ofrecerse “explicaciones” y justificaciones de los elementos salientes de la tradición institucional.

Este proceso de “explicar” y justificar constituye la “legitimación”.

La legitimación tiene un elemento tanto cognoscitivo como normativo, es decir, que no solo es cuestión de “valores”; siempre implica también “conocimiento”. Le indica al individuo no solo porque debe realizar una acción y no otra, sino también porque las cosas no lo son; esto es, el conocimiento precede a los valores en la legitimación de las instituciones.

Es posible distinguir niveles diferentes de legitimación:

- 1) La legitimación incipiente, tan pronto como se transmite un sistema de objetivaciones lingüísticas de la experiencia humana. Las “explicaciones” legitimadoras fundamentales entran en el comportamiento del vocabulario, son las respuestas primeras a los ¿por qué? del niño.
- 2) El segundo nivel de legitimación contiene proposiciones teóricas en forma rudimentaria. Estas explicaciones se relacionan con las acciones concretas, se refieren a los proverbios, las máximas morales, las sentencias, las leyendas y cuentos populares.
- 3) El tercer nivel contiene teorías explícitas por las que un sector institucional se legitima en términos de un cuerpo de conocimiento diferenciado. En razón de su complejidad, la transmisión la realiza un personal especializado que la transmite mediante procedimientos formalizados de iniciación. Con este paso la legitimación pasa de la fase pragmática a la “teoría pura”.
- 4) Los “universos simbólicos” constituyen el cuarto nivel de legitimación. Son cuerpos de tradición teórica que integran zonas de significados diferentes y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica. Los procesos simbólicos son procesos de significación que se refieren a realidades que no son las de la experiencia cotidiana.

El universo simbólico se concibe como la matriz de “todos” los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales. Toda la sociedad histórica y la biografía de un individuo se ven como hechos que ocurren dentro de ese universo.

El universo simbólico ordena y legitima los “roles” cotidianos, las prioridades y los procedimientos operativos, colocándolos en el contexto del marco de referencia más general que pueda concebirse; también posibilita el ordenamiento de las diferentes fases de la biografía. Esta simbolización induce sentimientos de seguridad y pertenencia. Cuando el individuo hecha una mirada retrospectiva sobre su vida pasada, su biografía le resulta inteligible en esos términos; cuando se proyecta al futuro, puede concebir su biografía como desenvolviéndose en el seno de

un universo cuyas coordenadas le son conocidas.

La identidad también se legitima dentro del universo simbólico; éste establece una jerarquía, lo que significa que el individuo puede vivir en la sociedad con cierta seguridad de que “realmente” es lo que él considera ser cuando desempeña sus “roles” sociales de rutina ante los demás significantes.

El universo simbólico vincula a los hombres con sus antecesores y sus sucesores en una totalidad significativa, que sirve para trascender a la finitud de la existencia individual y que adjudica significado a la muerte del individuo. Todos los miembros de la sociedad pueden concebirse ellos mismos como pertenecientes a un universo significativo que ya existía antes de que ellos nacieran y que seguirá existiendo después de su muerte.

La legitimación del orden institucional también se ve ante la necesidad continua de poner una valla al caos. Toda la realidad social es precaria; “todas” las sociedades son construcciones que enfrentan el caos. La constante posibilidad del temor anómico se actualiza cada vez que las legitimaciones están amenazadas o se desploman.

a) Socialización primaria.

La sociedad existe como realidad objetiva y subjetiva. Para comprenderla es necesario tener en cuenta el continuo proceso dialéctico compuesto de tres momentos:

- 1) Externalización
- 2) Objetivación
- 3) Internalización

En lo referente a los fenómenos sociales, los tres momentos suceden en el mismo tiempo, no sucediéndose unos a otros. Lo mismo sucede con el individuo: estar en sociedad, es participar de esa dialéctica.

No obstante, el individuo no nace parte de una sociedad; nace con una predisposición hacia la sociabilidad y luego llega a ser miembro de ella. En su vida hay una secuencia que lo lleva a participar en la dialéctica de la sociedad. El punto de partida lo constituye la internalización, la interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa su significado, es decir, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que en consecuencia se vuelven subjetivamente significativos para mí. Puedo comprender adecuadamente o erróneamente al otro; sin embargo, su subjetividad me resulta objetivamente accesible y llega a serme significativa, haya o no congruencia entre sus procesos subjetivos y los míos.

La internalización en este sentido general, constituye la base: 1º) Para la comprensión de los

propios semejantes; 2º) Para la aprehensión del mundo en cuanto a realidad significativa y social.

El “asumir” el mundo en que ya viven otros, es un proceso original para todo organismo humano, y el mundo una vez “asumido” puede ser creativamente modificado, hasta recreado. En la forma compleja de la internalización, no solo “comprendo” los procesos subjetivos del otro, “comprendo” el mundo en que vive y ese mundo se vuelve mío. Se establece un nexo de motivaciones que se extiende hacia el futuro, existe una “continua” identificación mutua entre nosotros. No solo vivimos en el mismo mundo, sino que participamos cada uno en el ser del otro. Solamente cuando el individuo ha llegado a este grado de internalización, puede ser considerado miembro de la sociedad.

La “socialización” primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en su niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. La socialización primaria es la más importante y la estructura básica de toda socialización secundaria debe asemejarse a la de la primaria.

Todo individuo nace dentro de una estructura social objetiva en la cual encuentra a los otros significantes que están encargados de su socialización y que le son impuestos. Las definiciones que otros significantes hacen de la situación del individuo, le son presentadas a éste como realidad objetiva; el mundo social aparece “filtrado” para el individuo mediante esta doble selección. Por ejemplo, el niño de clase baja absorbe el mundo social en una perspectiva de clase baja, y también lo absorbe con la coloración idiosincrásica que le han dado sus padres o sustitutos.

La socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo; tiene una gran “carga emocional”. Sin esta adhesión emocional a los otros significantes, el aprendizaje sería difícil, sino imposible. La “internalización” se origina solo cuando se produce la “identificación”. El niño capta los “roles” y actitudes de los otros significantes, los internaliza y se apropia de ellos. Por esta identificación, el niño puede identificarse a sí mismo; llega a ser lo que los otros significantes lo consideran.

La identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente solo junto con ese mundo; para decirlo de otra manera, todas las identificaciones se realizan dentro de horizontes que implican un mundo social específico. El niño aprende que él es lo que lo llaman. Recibir una identidad comporta adjudicarnos un lugar en el mundo.

La socialización primaria crea en la conciencia del niño una abstracción progresiva que va de los “roles” y actitudes de otros específicos, a los “roles” y actitudes en “general”. Esta “abstracción de

los “roles” y actitudes de otros significantes concretos se denomina **otro generalizado**. Esto significa que el individuo se identifica no solo con otros concretos, sino con otros generalizados, es decir, con una sociedad, y solo sobre la base de esto logra estabilidad y continuidad en su propia auto-identificación; tiene una identidad general.

La formación dentro de la conciencia del otro generalizado, señala una fase decisiva en la socialización. La sociedad, la identidad y realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización. Esta se corresponde con la internalización del “lenguaje” que constituye el elemento más importante de la socialización. Se establece una relación simétrica entre la realidad objetiva y la subjetiva. Lo que es real “por fuera” se corresponde con lo que es real “por dentro”. El lenguaje es por supuesto el vehículo principal de este proceso continuo de traducción en ambos sentidos.

La simetría entre la realidad objetiva y la subjetiva no puede ser total. Nadie internaliza la totalidad de lo que se objetiva como realidad en la sociedad; además, siempre existen elementos de la realidad subjetiva que no se han originado en la socialización. La biografía subjetiva no es totalmente social, el individuo se aprehende a sí mismo como estando fuera y dentro de la sociedad. La simetría no es estática ni definida, siempre tiene que producirse y reproducirse en el devenir; la relación entre el individuo y el mundo social es como un acto de equilibrio continuo.

En la socialización primaria no existe ninguna posibilidad de elección de otros significantes. La sociedad presenta al candidato a la socialización ante un grupo predefinido de otros significantes a los que debe aceptar como tales, sin posibilidad de optar por otro análogo. Hay que aceptar a los padres que el destino nos ha deparado; en esto el niño es un simple espectador, son los adultos los que imponen las reglas de juego. Como el niño no tiene opción, se identifica con sus significantes casi automáticamente; así internaliza el mundo que se le brinda como el único posible y existente. Por esto, el mundo internalizado en la socialización primaria se implanta en la conciencia con mucho más firmeza que los mundos internalizados en socializaciones secundarias. Aunque el sentido de inestabilidad original pueda debilitarse en desencantos posteriores, el recuerdo de una certeza ya nunca repetida sigue adherido al mundo primero de la niñez. De esta manera la socialización primaria logra lo más importante para inspirar la confianza que la sociedad le juega al individuo.

Los contenidos específicos internalizados en la socialización primaria, varían de una socialización a otra. El lenguaje es lo que sobre todo debe internalizarse. En la socialización primaria se construye el primer mundo del individuo; el mundo de la infancia es masivo e indudablemente real. Solo más adelante el individuo puede permitirse el lujo de tener por lo menos una duda parcial. El mundo de la niñez está constituido como para inculcar en el

individuo una estructura nómica que le infunda confianza en que “todo está muy bien”, repitiendo la frase que las madres repiten con más frecuencia a sus hijos llorosos. Este mundo, el del hogar, de la niñez, será el que retenga su realidad peculiar retrospectivamente por mucho que podamos alejarnos de él en épocas posteriores.

La socialización primaria comporta secuencias de aprendizaje socialmente definidas, que entrañan cierto reconocimiento social de crecimiento y diferenciación biológica. Existe una gran variabilidad histórica social en la definición de las etapas de aprendizaje de una sociedad a otra. Esas variaciones en la definición social de la niñez y sus etapas repercutirán en el programa de aprendizaje.

El carácter de la socialización primaria también resulta afectado por las exigencias del acopio de conocimientos que deben transmitirse. Ciertas legitimaciones pueden requerir un grado más alto de complejidad lingüística que otras para ser comprendidas. También los requerimientos del orden institucional general afectarán además la socialización primaria. Se requieren diferentes habilidades en diferentes edades en una sociedad por oposición a otra, o aún en diferentes sectores de la misma sociedad. La socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo. En este punto, es miembro efectivo de la sociedad y está en posesión subjetiva de un Yo y de un mundo; aunque la socialización nunca es total y nunca termina.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo se mantiene en la conciencia la realidad internalizada en la socialización primaria? y ¿Cómo se efectúan otras socializaciones en el individuo?

b) Socialización secundaria.

Una sociedad en la que no se produzca otra socialización después de la primaria es posible, pero su bagaje de conocimientos será muy sencillo, variando los individuos solo en lo referente a sus perspectivas; ésta concepción plantea un caso limitativo. En realidad no existe ninguna sociedad, al menos conocida, que no posea al menos cierta “división” del trabajo y al mismo tiempo, cierta “distribución” social del conocimiento, por lo que una socialización secundaria es una necesidad.

La socialización secundaria es la internalización de “submundos” institucionales, o basados en las instituciones. Su alcance comprende la complejidad de la división del trabajo y la distribución social en relación con el conocimiento, entendiéndose la distribución social del “conocimiento especializado” que surge como resultado de la división del trabajo y cuyos “portadores” se definen institucionalmente.

Podemos decir que la socialización secundaria es la adquisición del conocimiento específico de “roles”, estando éstos directa o indirectamente

arraigados en la división del trabajo. La socialización secundaria requiere la adquisición de “vocabularios” específicos de “roles”, lo que significa la internalización de campos semánticos que estructuran interpretaciones y comportamientos de rutina dentro de un área institucional. Al mismo tiempo también se adquieren “comprensiones tácticas”, evaluaciones y coloraciones afectivas de estos campos semánticos.

Los “submundos” internalizados en la socialización secundaria, son generalmente realidades parciales que contrastan con el “mundo de la base”, adquirido en la socialización primaria. Sin embargo, también ellos constituyen realidades más o menos coherentes caracterizadas por componentes normativas y afectivas, a la vez que cognoscitivas. Además los submundos, también requieren por lo menos, los rudimentos de un aparato legitimador acompañado con frecuencia por símbolos rituales o materiales.

El lenguaje específico de un “rol” lo internaliza el individuo al realizar el adiestramiento para dicho rol (por ejemplo, caballería). Este proceso de internalización involucra identificación subjetiva con el rol y sus normas apropiadas. Cuando haya necesidad, éste cuerpo de significados será sustentado por legitimaciones que van desde las sencillas máximas, hasta las más complicadas construcciones mitológicas.

El carácter de una socialización secundaria depende del “Status” del cuerpo del conocimiento de que se trate dentro del universo simbólico en conjunto. Existe una gran variabilidad histórico-social en las representaciones que comporta la socialización secundaria. Sin embargo, en la mayoría de las sociedades la transición de la socialización primaria a la secundaria va acompañada de “rituales”.

Los procesos formales de la socialización secundaria se determinan por su problema fundamental, siempre presupone un proceso previo de socialización primaria; es decir, que debe tratar con el Yo formado con anterioridad y con un mundo ya internalizado. La realidad ya internalizada debe persistir. Cualquiera sean los nuevos contenidos que haya que internalizar, deben superponerse a esa realidad ya presente. Existe un problema de coherencia entre las internalizaciones originales y las nuevas, problema que puede resultar más o menos difícil en su resolución en los diferentes casos.

Establecer y mantener la coherencia en la socialización secundaria presupone ciertos procedimientos conceptuales para integrar los diferentes cuerpos del conocimiento. En la socialización secundaria, las limitaciones biológicas son cada vez menos importantes en las secuencias de aprendizaje, el cual ahora llega a establecerse en términos de las propiedades intrínsecas del conocimiento que ha de adquirirse. Las secuencias del aprendizaje pueden manejarse en algunos casos según los intereses creados de quienes administran el cuerpo del conocimiento, lo que puede o no ser pertinente.

Mientras que la socialización primaria no puede efectuarse sin una identificación con la carga emocional del niño con sus otros significantes, la mayor parte de socialización secundaria puede prescindir de esta clase de identificación mutua. Dicho de otra manera, es necesario amar a la propia madre pero no a la maestra propia.

Él internaliza el mundo de sus padres como el mundo y no como perteneciente a un contexto institucional específico. Algunas de las crisis que se producen después de la socialización primaria se deben realmente al reconocimiento de que el mundo de los propios padres no es el único mundo que existe, sino que tiene una ubicación social muy específica; quizá hasta con una connotación peyorativa.

En la socialización secundaria se aprende el contexto institucional; se puede aprender por ejemplo, que los maestros son funcionarios institucionales con la tarea formal de transmitir conocimientos específicos. Los "roles" de esta socialización comportan un alto grado de anonimato, se separan con facilidad de los individuos que lo desempeñan; el mismo conocimiento puede enseñarlo un maestro u otro. Los funcionarios institucionales pueden tener características subjetivas pero por principio son intercambiables. Esto se vincula al carácter afectivo de las relaciones sociales en la socialización secundaria, siendo la subjetividad mucho menos importante que en la socialización primaria. Se necesitan fuertes impactos biográficos para poder desintegrar la realidad masiva internalizada en la primer infancia, pero éstos pueden ser mucho menores para poder destruir las realidades internalizadas más tarde. Esto posibilita separar una parte del YO y su realidad concomitante como algo que atañe a la realidad específica del "rol" de que se trata. El individuo establece una distancia entre su YO total y su realidad por una parte, y el YO específico del "rol" y su realidad por la otra. El desarrollo de esta capacidad de "escondarse" constituye un aspecto importante en el proceso para llegar a la adultez.

El acento de realidad de conocimiento internalizado en la socialización primaria se da casi automáticamente; en la socialización secundaria debe ser reforzado por técnicas pedagógicas específicas; debe hacérselo sentir al individuo como algo "familiar". La realidad original de la niñez es el "hogar" y se plantea por sí sola, naturalmente; en comparación con ella todas las realidades posteriores son "artificiales". Así el maestro trata de hacer "familiares" los contenidos, haciéndolos vívidos, relevantes e interesantes. Estas maniobras constituyen una necesidad porque allí ya se alza una realidad internalizada que persiste en el camino de nuevas internalizaciones. Las técnicas pedagógicas tendrán que variar de acuerdo con las "motivaciones" que tenga el individuo para la adquisición del nuevo conocimiento; cuanto más logren estas técnicas volver subjetivamente aceptable la continuidad entre los elementos originarios del conocimiento y los elementos nuevos, más pronto adquirirán el acento de

realidad. Una segunda lengua se adquiere construyendo sobre la realidad establecida de la "lengua materna".

Aquellos hechos de los cuales los procesos de la socialización secundaria no presuponen un alto grado de identificación y cuyos contenidos no poseen la cualidad de inevitables, pueden resultar de utilidad pragmática, porque permiten aprender secuencias racional y emocionalmente controladas; pero como estos contenidos presentan una realidad subjetiva frágil, es necesario elaborar técnicas especiales para producir la identificación. Esta necesidad puede ser intrínseca del aprendizaje y de los contenidos, y a la vez, pueden tener relación con los intereses creados por quienes administran el proceso de socialización. En el caso de la socialización de los elencos religiosos, las técnicas aplicadas están destinadas a intensificar la carga afectiva del proceso de socialización. Cuando el proceso adquiere una transformación cabal de la realidad "familiar" del individuo, llega a constituir una réplica lo más aproximada posible del carácter de la socialización primaria. El individuo que está socializándose se compromete así ampliamente con la nueva realidad, se "entrega" a la música, a la revolución, a la fe; no en forma parcial, sino con lo que subjetivamente constituye su vida entera.

Una circunstancia importante que puede plantear una necesidad de dicha intensificación, es la competencia entre los encargados de definir la realidad en dichas instituciones. Por ejemplo, puede suponerse que un músico en formación en los EE.UU. actuales debe comprometerse con la música con una intensidad emocional que resultaba innecesaria en la Viena del siglo XIX; justamente porque en la situación americana existe la competencia poderosa de lo que subjetivamente aparecerá como el mundo "materialista" y de la "cultura de masas" de la lucha competitiva.

En las instituciones complejas existen internamente sistemas de socialización secundaria sumamente diferenciados, ajustados a los requerimientos de las diferentes categorías de elencos institucionales. Por ejemplo, el grado de compromiso con lo militar que se exige en los oficiales de carrera, es muy diferente al de los reclutas.

La distribución institucionalizada de tareas, varía de acuerdo con la complejidad del conocimiento. Si resulta sencilla, el mismo organismo institucional puede pasar de la institucionalización primaria a la secundaria. En los casos de gran complejidad, serán necesarios organismos especializados en socialización secundaria, con un plantel exclusivo y especialmente adiestrado para las tareas educativas de que se traten. Fuera de este grado de especialización, pueden existir una serie de organismos socializadores que combinen esas tareas con otras. La educación constituye un buen ejemplo de socialización secundaria, que se efectúa bajo el control de organismos especializados.